

MADRID
MUNICIPAL
BIBLIOTECA

PINOCCIO

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 4.

15 MARZO
1925.



30
Cénts.

Ayuntamiento de Madrid

¿QUÉ OS PARECE?

¿Qué os parece PINOCHO? ¿Es o no es digno de la fama de vuestro amigo y del renombre de Calleja?

Pues ya lo sabéis: cada domingo PINOCHO os visitará para divertirlos con su aluvión de cuentos, de chistes, de historietas, de concursos y de todas las múltiples atracciones que os ofrece. El

domingo será para vosotros, desde ahora, *más domingo que antes* porque el doningo *sale PINOCHO*.

Y ahora fijaos bien, que viene lo bueno.

PINOCHO regalará a sus lectores todas estas maravillas:

Dos colosales automóviles como éste.



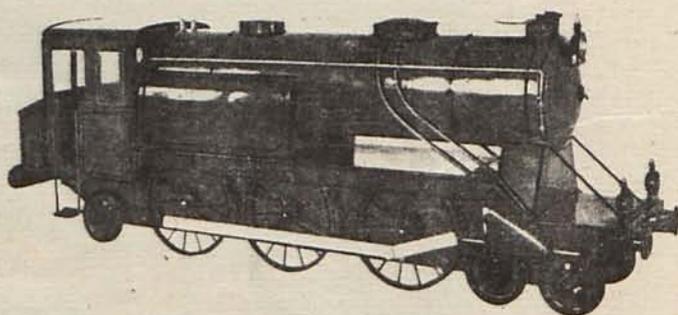
Con frenos, faros eléctricos, marcha atrás, neumáticos Michelin y cambio de velocidad. No tenéis idea de lo formidables que son estos autos. Seguramente los felices amigos de PINOCHO a quienes les correspondan serán los niños más contentos de Europa y de una parte de Asia.

Dos magníficas bicicletas como ésta.



(Estas bicicletas serán de niña o de niño, según sea el agraciado.)

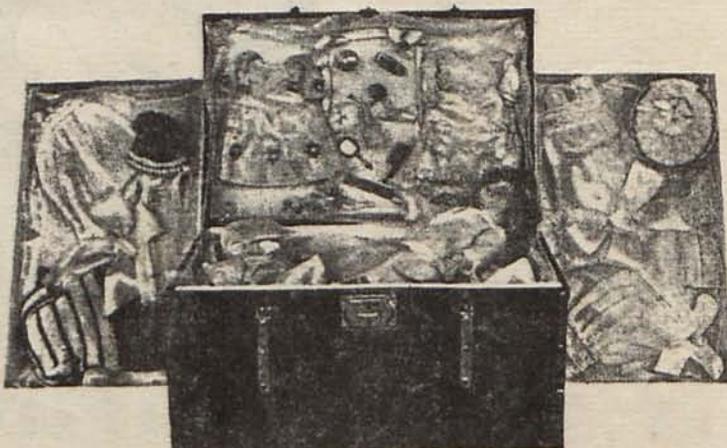
Dos formidables locomotoras como ésta.



Seis preciosas muñecas como ésta.



Un «trousseau» monísimo como éste.



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TEL. 204-M — APART. 447

ED. "SATURNINO CALLEJA". — DIR. S. BARTOLOZZI.



AÑO I

NÚMERO IV

Precios de suscripción: AÑO..... 15 pesetas
SEMESTRE..... 7,75

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

EL RATONCILLO QUE APRENDIÓ A MAYAR



Oyeron unos maullidos, y Micifuz dijo: Otro gato; y esperó arrebujado en la butaca más cómoda del salón.

Los maullidos se fueron aproximando cada vez más, hasta que se hicieron oír en la misma habitación en que se hallaba Micifuz.

Pero no era otro gato, sino que se trataba de Ratapón, un minúsculo ratoncillo, astuto y vivaracho, que había aprendido a mayar.

Micifuz, al verle, se quedó sorprendido; pero reflexionó y se dijo:

—Cuando maya, es que será un gato... —y se volvió a dormir.

Ratapón emprendió un trotecillo por la pieza, y al pasar junto al dormido Micifuz, maulló de nuevo para despistar. Después se fue derecho a la ratonera.

—¡A ver qué me han puesto hoy! —exclamó; y después de inspeccionar la ratonera, añadió: —¡Queso otra vez! Cuando se van a convencer de que no me gusta el queso...

Ratapón, después de esta frase, se fue a la cocina y se comió la cordilla que estaba preparada para Micifuz. Esto mismo ocurrió un día y otro:

Ratapón maullaba, despreciaba el queso y se comía el almuerzo del pobre Micifuz, que a consecuencia de ese régimen se estaba quedando en los huesos.

—¡Será preciso que busque una manera de alejar a ese gato extraordinario que se me come la cordilla! —decía Micifuz desesperado.

Pero por más que hacía, siempre llegaba a su plato cuando el astuto ratoncillo lo había vaciado.

—Me pondré en acecho —pensó— y cuando lo vea le pediré una explicación.

Micifuz se escondió en un rincón de la cocina, esperando que llegase el pícaro que lo dejaba en ayunas.

Esperó algún tiempo hasta que, estando ya medio adormilado, notó que le mordían en el rabo, que tenía apoyado en la pared.

Dió un salto de costado y vió al autor de los mordiscos: era un ratoncito, que al pretender salir de su agujero se había encontrado la puerta obstruida por el rabo del gato.

—¡A ver si va uno a poder circular! —dijo el ratón con malos modos.

Micifuz se encogió para saltar sobre él, pero en el momento Ratapón, pues era él, lanzó al aire su más potente maullido.

Micifuz se calmó.

—Qué tonto soy —dijo—. ¡Si es un gato! Lo había confundido con un ratón y casi me lo como...

Ratapón se fue con su trotecillo habitual hacia la cordilla.

—Alto ahí —gritó Micifuz—. ¿Qué va usted a hacer?

—Comerme la cordilla —contestó Ratapón.

—Esa cordilla es para mí. ¿No tiene usted otra cosa que comer?

—Sí; me ponen queso en una jaula de hierro, pero no me sienta bien; me lo ha prohibido el médico y, además, no me gusta.

—¡Ah! Pues esa cordilla es para mí, y yo no me voy a quedar sin almorzar.

Ratapón, por toda respuesta, comenzó a comerse la cordilla.

—Fuuu —dijo el gato— He dicho que es mía. Fuuu... Y arqué su espinazo.

Pero Ratapón también había aprendido eso, y, a su vez, arqueando su lomo y con sus ojillos centelleantes, dijo: —¡¡¡ Fuuuuuu !!!

Micifuz se quedó asombrado; no podía comprender cómo un animal tan minúsculo se atrevía a hacerle frente.

—Sus razones tendrá cuando se enfurece, a pesar de ser tan pequeño —pensó el gato—, a lo mejor lleva un arma escondida. Y aplacó su ira.

Ratapón, mientras tanto, había dado fin con la cordilla y se relamía, dándose importancia.

Micifuz se quejó: «Bueno, ¿y qué como yo ahora?»

—¿No le gusta el queso? —le preguntó Ratapón.

—No lo probé nunca —contestó el gato.

—Pues hay a quien le gusta, y afirma que es muy bueno. Pruébalo. Los dos se encaminaron hacia la ratonera.

Cuando hubieron llegado, Ratapón explicó: —«Ahi está el queso dentro de ese chisme para coger ratones.»

—Para coger ratones me basto yo —dijo Micifuz.

—¡Eso creo yo! —aseguró el ratoncillo.

Ratapón estaba decidido a concluir el pacto con Micifuz, según el cual cambiarían los alimentos: el gato comería el queso, y él se dedicaría a la cordilla. Le explicó bien el caso, y Micifuz dijo: —«Bueno, accedo a ello; pero a condición de que me guste el queso.»

Ratapón, para animarle, le prometió: —«Desde hoy en adelante te ayudaré a cazar ratones.»

Micifuz quedó conforme; mas, después de mirarle un momento, le preguntó: —«¿Qué clase de gato tan raro eres? Pareces un ratón.»

Ratapón se rió y contestó confidencialmente: —«Es que voy disfrazado.» Después, y para que no le quedase duda, maulló una vez más, y Micifuz, al oírle, dijo:

—«Si, sí; no cabe duda de que eres un gato.» Y después se metió en la ratonera, se comió el queso y oyó el golpe metálico de la trampa que le dejaba encerrado.

El ratoncillo se marchó, indiferentemente, haciendo rrrrrr...

El ratoncillo se marchó, indiferentemente, haciendo rrrrrr...

El ratoncillo se marchó, indiferentemente, haciendo rrrrrr...

EDGAR NEVILLE.



CURIOSIDADES

PECES-FAROLES

—¿Tú crees que los peces duermen?—preguntaba el otro día Luisito a su hermano mayor, José María.

Y el hermano, que es muy aficionado a hacer chistes, contestó:

—Por lo menos, los de los ríos deben dormir, porque si no ¿para qué les serviría el lecho?

Luisito se quedó un poco desconcertado; sin embargo, hizo otra

costó cierto trabajo convencerle de que hablaba muy en serio.

En efecto, en el fondo del mar algunos peces gozan de alumbrado eléctrico, y hasta lo tienen más cómodo y perfeccionado que nosotros, puesto que los mismos peces llevan, inseparablemente ligado a su cuerpo, su propio foco. Así, algunos tienen la piel cubierta con cierta materia fosforescente que los hace parecer meteoros. Otros



pregunta: «¿Cómo se las arreglarán los peces que viven en el fondo del mar para no tropezarse unos con otros y ver y poder dirigirse en las tinieblas absolutas de los abismos submarinos?»

—Porque se alumbran con electricidad—contestó José María.

Esta vez, creyendo que decididamente su hermano se proponía «tomarle el pelo», Luisito se enfadó, y a José María le

poseen dos rayitos luminosos sobre los ojos. Otros, en fin, están dotados de dos tentáculos, que mueven en todos sentidos y en cuyos extremos encienden y apagan a voluntad diminutos faros naturales.

¿No os parece que estas maravillas reales son dignas de figurar entre las preciosas aventuras de «Pinocho en el fondo del mar»?

¿CÓMO COMEN LOS ÁRBOLES?

Todo lo que vive necesita comer para continuar viviendo; o de lo contrario, muere. Sólo que varía mucho, tanto el modo de hacerlo como la clase de alimentos que cada uno de los seres que viven necesita o elige por particular predilección.

Entre los animales, el gato, por ejemplo, siente especial gusto por los ratones, como si fuese un bocado exquisito. ¡Allá él! La abeja, en cambio, se regala con un plato que no falta nunca en ninguno de sus banquetes: la dulce miel. El burro se decide por la cebada; la oveja, por la tierna y fresca hierba. Todo es cuestión de gustos. Y si quisiéramos relatar los que entre los mismos hombres existen sobre la comida, sería cuento de nunca acabar. Si nos fijamos en lo que estos animales tienen de común, notaremos inmediatamente que todos tienen una boca para comer y un estómago para digerir.

Ahora bien: los árboles y las plantas, aunque no andan, son también seres que viven, crecen, echan hojas, flores y frutos, y, por consiguiente, no pueden prescindir de comer y alimentarse. Entonces, ¿en dónde esconden su boca? ¿Dónde encuentran su comida, si no se mueven? En fin, ¿cómo se las arreglan para comer?

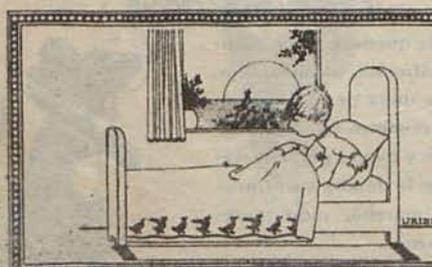
Aunque parezca cosa rara, no sería un disparate decir que comen con los pies, y ahora vais a verlo. Los árboles y las plantas, además del tallo o tronco y de las ramas y hojas, que es lo que se ve exteriormente, tienen en la parte inferior, generalmente, una

especie de ramas pequeñas y sin hojas, llamadas raíces, que es lo que las sujeta al suelo para que no caigan. Además de esto, esta parte escondida en el suelo es lo que les sirve para comer, aunque, claro es, sin masticar, sino que aprovechan lo que está en la tierra del modo siguiente:

Las más pequeñas de aquellas ramitas, que constituyen la raíz, absorben lo que encuentran a su alrededor, lo que está junto a ellas, lo cual pasa a través de su piel, que siempre está húmeda, hasta que va a parar a unos pequeños canales interiores que ascienden y se distribuyen por todas las ramas y hojas del árbol, de la misma manera que las venas y las arterias se distribuyen por todo el cuerpo del hombre. De este modo lo que absorben las raíces, que es su alimento, se esparce por las partes más pequeñas del árbol. Es, podríamos decir, su sangre. Se llama savia, y tiene la forma de un líquido espeso.

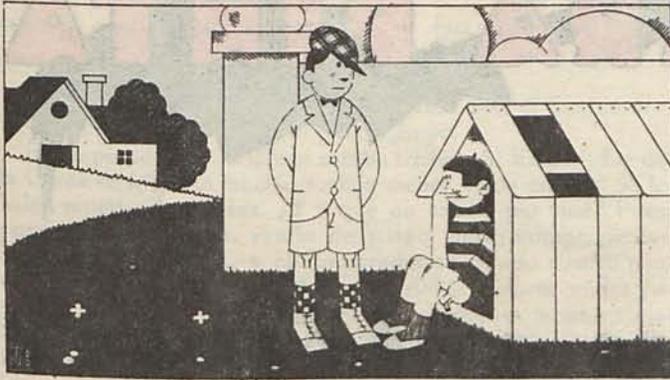
Aunque la tierra se compone de muy diversas sustancias, no todas están distribuidas por igual, sino que unas abundan más en ciertos sitios y otras en otros. Y como quiera que tampoco todos los árboles necesitan la misma clase de alimentos, se comprenderá fácilmente que vegeten con más esplendor en unos sitios que en otros, según abunden más o menos las sustancias adecuadas a su sostenimiento.

Otra vez os contaré cómo se las arreglan para respirar. Todavía lo hacen de un modo más curioso y original.



Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con
JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)
y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con
JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)
porque es el más indicado dada la pureza de los componentes.
PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIAN

CHISTES



—Tú aquí! Me han dicho que te habías mudado.
—Me mudaré, porque el casero, además de tratarme como a un perro, no me quiere arreglar el tejado.



—¡Mamá! ¡Quisiera tener una hermanita!
—¿Para qué, hija mía?
—Porque me canso de pegar al gato.



El profesor.—El paciente, como usted ve, tiene una pierna más corta que la otra, y, por lo tanto, cojea. ¿Qué haría usted en este caso?
—¿Yo?... pues cojear también.



¡Mozo! ¿Cómo se llama este vino?
¿Por qué lo pregunta usted?
Porque como está bautizado debe tener algún nombre.



—¿Y por qué se llevó usted el abrigo?
—Porque me dijo el comerciante que esa clase de abrigos se iban a llevar mucho esta temporada.



—¡Pero mujer!!!... ¿Me está usted barriendo el perrito?
—¡Perdone la señorita!... Creí que era una cosa que ya no servía.



—Oye, tú; ya que tienes la boca abierta, aprovecha la ocasión para llamar al criado.



POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER

son el mejor amigo de los niños que les priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL, GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

POLVOS ANTISEPTICOS CALBER

son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.

Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE HIGIENE y nada se ha descubierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.

TRAMPOLIN Y LA PAJARA PINTA

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Érase Trampolín un mozalbete muy bueno, muy bueno, que tenía unos padres muy buenos, muy buenos; pero muy pobres, muy pobres.

Los padres de Trampolín no podían mandarle a la escuela, ni casi podían darle de comer. Así es que un día por fin tuvieron que decirle:

—Hijo mío, es preciso que nos dejes y vayas por el mundo a buscarte la vida...; tienes que hacerte hombre y nosotros no podemos darte nada para que llegues a ser alguien.

Trampolín era muy bueno y les contestó:

—No hay que apurarse... Yo me iré por el mundo, y ¡ya veremos!

Pero después de decir esto, se marchó al campo solo y se sentó muy triste en una piedra. La verdad es que había dicho aquello a sus padres para no apurar a los viejos; pero él no sabía qué hacer ni a dónde ir. No sabía nada de este mundo ni sabía qué era aquello de hacerse hombre y de ser algo en esta vida.

—¿Dónde iré yo? ¿Dónde iré yo? — se decía Trampolín cavilando.

La piedra donde estaba sentado Trampolín tenía al lado un árbol, y el árbol era un limonero, y en el limonero estaba, ¿quién diréis? ¡Pues quién había de estar! Pues ¡la Pájara Pinta!

II

Estaba la Pájara Pinta sentadita en el verde limón.

Trampolín y la Pájara Pinta eran amigos, y al ver la pajarita que Trampolín estaba triste, tan triste que se había olvidado de decirle aquel día «Buenos días», dijo ella muy cariñosa: «Pío, pío», que es como decir: «Trampolín, Trampolín; hola, hola».

Y Trampolín se puso muy contento en cuanto oyó a la Pájara Pinta, y se olvidó en seguida de todas sus penas.

Trampolín y la Pájara Pinta eran casi, casi... ¿Qué diréis que eran? Pues eran casi novios.

—Pajarita Pinta —le había dicho un día Trampolín—. Pajarita Pinta, Pinta:

—Me gustas porque eres buena.
Me gustas porque eres linda.
Me gustas porque eres negra
y porque eres amarilla.
¿Te quieres casar conmigo?

Y la pajarita le había dicho «Pío, pío», que era como decirle «Sí, sí».

La Pájara Pinta le dijo ahora «Pío, pío», y le dijo que le acompañaría a todas partes para guiarlo por el mundo.

Trampolín volvió a su casa.

—¡Madre, ya tengo con quién irme! —le dijo a su madre Trampolín.

—¿Con quién, hijo?

—Con mi novia.

—¿Tú tienes novia, hijo?

—Una princesa, madre.

—¿Una princesa has dicho, hijo?

—Sí, madre, sí; la Pájara Pinta.

—Pero ¿qué dices, hijo? La Pájara es... un pájaro.

—No, madre, no; es una princesa, yo lo sé... Es una princesa encantada, yo lo sé.

Y la madre de Trampolín quiso ver a la Pájara Pinta.

Trampolín cantó en la ventana:

—Con el pío, pío, pío,
con el pío, pío, pa,
con ella voy a casarme,
conmigo se va a casar.

Sentadita, en el verde limón piaba, muy contenta, la Pájara Pinta.

La madre de Trampolín le preguntó, asomándose a la ventana:

—Pío, pío, pío,
¿te quieres casar
con el hijo mío?

La Pájara Pinta dijo que sí, que si quería, y vino saltando a la ventana para ver a la madre de Trampolín.

—¿Qué sabes hacer?

—Cantar.

—¿Qué sabes hacer?

—Volar.

—¿Qué sabes hacer?

—Criar.

—Pues con Trampolín te casarás —dijo, satisfecha, la madre.

Y Trampolín y la Pájara Pinta se fueron a buscar fortuna por el mundo.

III

La Pájara Pinta conocía muy bien los caminos, y le iba diciendo a su amigo:

—Por aquí.

Andando, andando, andando, llegaron a una hermosa ciudad, y la Pájara Pinta le dijo a Trampolín muy callandito que había de hacer si quería ganar algún dinero. La Pájara sabía muy bien lo que pasaba en todo el mundo. La Pájara volaba a las ventanas y veía muy bien lo que pasaba dentro de las casas. La pajarita era adivina, y sabía muy bien, porque la había oído muchas veces, lo que decía el viento a la torre, y la torre a los tejados, y los tejados a los nidos. La pajarita sabía hacer muchas habilidades. Y Trampolín se puso en la plaza del pueblo con una mesa y una campanilla, gritando:

—¡Vengan, vengan!

La pajarita hacía equilibrios en una caña, y Trampolín pregonaba en medio de un corro de mozos y de mozas:

—¡Se adivina la suerte!... ¡Vengan, vengan!... ¡Aquí todo





se sabe, todo se averigua, todo se dice!... ¡Vengan, vengan!

Y la Pájara Pinta recogía con el pico las monedas y con el pico daba un papelito, en el que Trampolín había es-

crita lo que al oído, por lo bajo, le decía la Pájara Pinta.

IV

Tuvo Trampolín tanta fama de adivino, que el Emperador de la China mandó por él al poco tiempo.

El Emperador de la China estaba triste... Al Emperador de la China se le había muerto su hija menor hacía un año. Se le había muerto de tristeza. ¿Y a que no sabéis por qué? Pues porque un día la niña, yendo de paseo, quiso comprarle cañamones a una vieja, y el Emperador se enfadó mucho con su hija, diciendo que una Infanta no debía pararse nunca en medio de la calle para comprarle cañamones a una vieja cualquiera, y la niña se había enfermado de tristeza y se había puesto muy pálida, y se había muerto, por fin, sin que los médicos pudieran saber lo que tenía y sin que ella se atreviese a decir que se moría porque no la habían dado cañamones.

Desde entonces no se oyó en Palacio una risa. Y las flores del jardín se pusieron pálidas, pálidas...; la tierra se puso como nieve; las flores todas, todas, como rosas de té; los pájaros todos, todos, con las plumas color ceniza claro, y no cantaron más... Todos los de Palacio, desde entonces, el Emperador, la Emperatriz, el Príncipe heredero y la Infanta con todos los servidores de la Corte, pasaban horas y horas mudos, tristes, sin ganas de hablar ni de vivir.

Hasta una caja de música, de donde salía un pajarito que bailaba y cantaba, se descompuso de repente, sin que ninguno de los relojeros del imperio ni del mundo pudieran acertar a componerla.

Todas las grandes eminencias del mundo vinieron a Palacio para distraer a las personas reales. Y fue inútil.

Pero Trampolín llegó; Trampolín entró; Trampolín saludó con la Pájara Pinta en un dedo.

Sólo de ver aquella Pájara, tan amarilla y tan alegre, con aquellas pintas tan negras, se alegró la vista del Emperador y de todos. En el pico traía la hoja, en el pico traía la flor...

Y sólo de ver aquella flor y aquella hoja —roja la flor, verde la hoja— volvieron a tomar color las mejillas del Emperador de la China y volvieron en seguida las plantas del jardín a tener sus colores de siempre... La Pájara Pinta cantó como sabía. Y los pájaros todos de Palacio, todos los pájaros del reino, cantaron, ufanos, a la vez.

—Pide lo que quieras —dijo el Emperador de la China a Trampolín—. Dime, ¿qué quieres?

Pero la Pájara Pinta dijo al oído de Trampolín:

—No pidas nada.

Y Trampolín le dijo:

—Nada.

V

Pasaron un día, dos días..., ocho días. El Emperador no quería separarse de Trampolín y de la Pájara, y los tenía viviendo en el palacio con todos los honores.

Un día la Pájara Pinta oyó hablar en el jardín a unos asesinos que estaban concertando la manera de matar al Emperador. El Emperador todas las noches daba, a las doce de la noche, un paseo por los jardines de palacio; le había dicho un sabio que si no miraba al cielo por las noches, antes de acostarse, no conseguiría dormir en paz; y salía a las doce de la noche el Emperador, todas las noches, a contemplar un rato las estrellas. Los asesinos entrarían en el jardín cuando

diera el reloj de la torre las doce campanadas, y, escondidos detrás de las matas, saltarían sobre el Emperador cuando estuviera cerca de ellos.

La Pájara, que lo oyó todo, se calló; y cuando fue de noche voló, muy callandito, hasta el reloj de la torre y atrasó una hora con el pico la manecilla del reloj sin que nadie se enterara.

El Emperador dió, a las doce de su reloj, el paseo de costumbre, tan tranquilo; y, cuando se retiraba a descansar, le contó la Pajarita a Trampolín todo lo que había sucedido, y Trampolín se lo contó al Emperador. El Emperador, entonces, llamó en secreto a sus soldados, les mandó que se escondieran en el jardín, muy escondidos, y cuando dieron las doce campanadas en el reloj de la torre de Palacio entraron los asesinos, y los soldados del Emperador los cogieron en seguida.

—Me has salvado la vida —dijo el Emperador a Trampolín—. La mitad de mi reino es para tí. Dime qué más quieres.

Pero la Pájara Pinta le dijo al oído: «Nada, nada», y Trampolín repitió: «Nada».

VI

Pasaron un día, dos días, ocho días.

La Pájara Pinta, por las noches, sin que nadie se enterara, se echaba a volar, a volar, y no paraba de volar hasta que llegaba a la casa de Trampolín y decía a la madre de Trampolín que su hijo estaba bueno.

Volvía una noche a todo volar la Pájara Pinta, cuando vio que bajaba monte abajo una cantidad inmensa de agua y que el río se salía de madre y lo inundaba todo, todo.

Dentro de una hora llegaría el agua al Palacio del Emperador de la China y se ahogarian todos sin remedio si no se enteraban antes del peligro que se acercaba.

La Pájara Pinta voló, voló, voló con todas las fuerzas que pudo y llegó a Palacio antes que el agua.

El río inundó luego el país. El Emperador de la China y su familia se salvaron metidos en una barquichuela juntos con Trampolín y la Pájara Pinta. Estuvieron un día, dos días, ocho días sin ver más que agua, agua y sin saber dónde les llevaba la corriente. Pero al cabo de un día, dos días, ocho días llegaron, por fin, a tierra firme y se encontraron una casa: la casa de los padres de Trampolín. A la puerta de la casa, un

viejecito, y dentro de la casa, ¿a quién diréis?. A la madre de Trampolín, que era... ¿Quién diréis? ¡La vieja que vendía cañamones!...

La Pájara Pinta entonces se convirtió... ¿en quién diréis? ¡En la hija del Emperador de la China!...

El Emperador de la China había hecho muy mal en no dar a su hija cañamones por aquello de que los vendía una vieja cualquiera. Y la hija del Emperador de la China había hecho muy mal en encapricharse de aquel modo por unos cañamones. Por eso el hada madrina la convirtió en Pájara Pinta, para castigar al Rey, privándole por algún tiempo de su hija, y para castigar a la hija haciéndola que se hartase de no comer más que cañamones y más cañamones durante un año seguido.

Trampolín se casó entonces con la hija del Emperador de la China. La hija del Emperador de la China fue a la boda con un traje..., ¿a que no sabéis de qué era el traje? ¡Oh qué traje!... Pues... ¡de pajarita de papel!.

Y colorín, colorín, el cuento llegó a su fin.

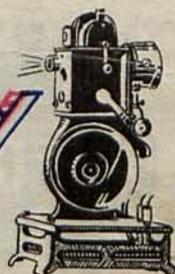
MANUEL ABRIL.



Camera y Pathé-Baby

EL CINE DE FAMILIA
A PLAZOS Y AL CONTADO
PELIGROS, 14 Y 16 MADRID

Ayuntamiento de Madrid



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA

POR E. SALGARI

(Continuación.)

—¿No saldremos volando por los aires con balsa y todo?
—No lo creo. Quizá se suelte algún barril o alguna caja; pero el conjunto resistirá victoriosamente al embate de las olas. ¡Eh, Ulric! ¿Qué tal?

—Muy bien, padre —contestó el hessiano—. Pero ser toto mojato.

—Ni más ni menos que tu hermano y todos nosotros.

La balsa, en su desesperada danza, veíase empujada hacia la segunda fila de escollos, entre los cuales quedaban amplios huecos que permitían el paso hasta de una barca grande.

—¡Pero si todo marcha de primera! —dijo Cabeza de Piedra, que no se dejaba amedrentar por las terribles sacudidas que experimentaba la balsa—. Dentro de media hora estaremos en la costa y podremos visitar a aquellos caballeros que han encendido el fuego. ¡Ohe! Manteneos firmes; estamos en el paso más difícil.

La balsa, levantada por una ola gigantesca que la alcanzó con siniestros mugidos, salvó felizmente la segunda hilera de escollos sin que se rompiera caja ni barril alguno de los que la componían.

En aquel momento el fuego que ardía en la barca se extinguió casi de improviso y los naufragos se hallaron en una obscuridad completa.

Pero, por una extraña suerte, la resaca los impulsaba precisamente en la dirección del fuego misterioso que ardía allá, lejos en la hendidura, y cuya luz bastaba para guiarlos.

—Ya os decía yo que todo terminaría con bien —dijo Cabeza de Piedra utilizando un trozo de mástil de gallardete a modo de timón—. Lo peor vendrá luego. Para marineros de nuestra raza, un naufragio es apenas una broma que se tolera con gusto. Ahora, que a lobos de mar que no hayan navegado mucho, este género de bromas les suelen costar caras, ¿eh, Petifoque?

—¡Voto al diablo, maestre! ¡Cállate ya! —exclamó el joven, ocupado con los dos hessianos en estirar los cables que se aflojaban al desaparecer algún barril o alguna caja.
—¿Hemos pasado?
—Sí; ya hemos dejado los escollos a unos cuatrocientos metros.
—Lástima que la barca se haya apagado tan pronto. Pero más o menos maltrechos, hemos de llegar a la costa. ¿La distingues tú?
—No veo más que aquella luz, maestre. La obscuridad en este momento es tan profunda que ni siquiera puedo divisar los grandes pinos.
—Es que la niebla se abate sobre el lago.
—Ya estoy viendo que avanza con furia.
—Debía ir algo más despacio.
—Siquiera fuese para darnos gusto.

En aquel momento, de la costa se elevó un cohete de luz azul que estalló con fragor, esparciendo en torno suyo, a una distancia de cincuenta metros, un remolino de chispas policromas.

—Nos hacen señales —gritó Cabeza de Piedra—. Ni los canadienses ni los indios tienen cohetes. ¿Si encontraremos al

final quien nos dé hospitalidad? ¡Con la falta que nos hace un buen fuego!

Apenas terminó de hablar, cuando se oyeron dos fuertes detonaciones.

—Otra señal —dijo Petifoque—. Cualquiera diría que se nos espera en la costa.

—Quien haya encendido aquel fuego debe de haber visto arder el barco. ¿Nos quedan más escollos que pasar?

—No veo ninguno.

—¿Quién tiene las armas y las municiones?

—Ulric.

—Ten cuidado, maestre «Serfesa»; no te las dejes arrebatar.

—No tener temor, padre —repuso el germano.

Entre tanto la balsa avanzaba a grandes saltos, empujada por las olas y el viento desencadenado; los barriles y las cajas se entrechocaban sordamente, no obstante lo cual, los daños eran escasos.

Una ola gigantesca se apoderó de la balsa, la levantó con poderoso impulso y, entre mil rugidos, la despidió directamente hacia la hendidura. Allí, a merced de la resaca, la hizo oscilar bruscamente y la depositó, casi sin violencia, en una playa arenosa cubierta de árboles gigantescos.

—Corramos —gritó Cabeza de Piedra—, que si viene otra ola nos vuelve a arrastrar hacia el lago.

Los cuatro hombres, tan milagrosamente salvados de las furias del Champlain, cogieron sus armas y se lanzaron a tierra.

Apenas habían andado cien pasos en dirección a la luz misteriosa, cuando una voz ronca y potente gritó:

—¿Quiénes sois? ¿A dónde vais?

Un hombre de proporciones gigantescas, armado de dos grandes arcabuces, surgió de improviso

ante los naufragos, quienes, imposibilitados para servirse por el momento de sus armas de fuego, habían empuñado las hachas.

Cabeza de Piedra fingió encolerizarse:

—¿Cómo? ¿De modo que nos hacéis naufragar con vuestras señales y vuestro fuego y encima nos preguntáis quienes somos, como si fuéramos ladrones? Somos marineros franceses y alemanes, perdidos en este lago, y a quienes la tempestad ha arrojado a la costa.

—¿De dónde veniais?

—De Montreal.

—¡Ah! —dijo el desconocido—. ¿Y a dónde ibais?

—Señor mío —dijo Cabeza de Piedra, que empezaba a impacientarse—, me parece que tratáis de someternos a un verdadero interrogatorio y no es éste el momento ni el sitio a propósito para dar explicaciones. Ved que estamos calados hasta los huesos y que sopla un vientecito que pela.

—Tenéis razón. Perdonad; pero como vivo aislado en medio de las grandes selvas canadienses, tengo derecho a enterarme de quienes son las personas que debo hospedar.

—Puede que no os falte razón.

—Si no me engaño, sois bretón.

—Es verdad.

—Bretón era mi padre también. Seguidme. Si es cierto que



Gran Variedad en JUGUETES

GRAN VÍA 18

EXTENSO SURTIDO EN COCHES DE NIÑO
Ayuntamiento de Madrid

mis señales y el fuego que he encendido os han hecho naufragar, trataré de compensar el mal que impensadamente os he causado. ¿Tenéis que recoger algo de la balsa?

—Retiraremos mañana los barriles y las cajas, si las olas no los desunen y se los llevan.

—Venid; comienza a llover.

Los cinco hombres se internaron bajo los grandes árboles, cuyas ramas doblegaba el furioso vendaval, y después de recorrer unos quinientos pasos, se encontraron ante una vasta cabaña, construida con gruesos troncos, que le daban casi el aspecto de un fortín; estaba vivamente iluminada en su interior.

—Este es mi domicilio —dijo el desconocido—. Entrad, secaos y haceos cuenta de que os halláis en vuestra Bretaña.

—Donde la hospitalidad es sagrada —dijo Cabeza de Piedra.

Atravesaron un pequeño puente levadizo tendido sobre un arroyuelo y entraron en la amplia cabaña.

CAPÍTULO III

YOR, EL CANADIENSE

El desconocido se aproximó al fuego que ardía bajo un vasto hogar de ladrillo, removió la leña y se mostró a plena luz.

Parecía tener unos cincuenta años. Sus cabellos estaban salpicados de numerosas canas; su barba era bastante larga y sus ojos, que despedían vivos destellos, prestaban animación a los rasgos duros y enérgicos de su rostro.

Iba vestido de grueso paño azul obscuro, a usanza de marinero, pero calzaba mocasines indios de piel amarilla, de esos en los cuales los iroqueses y los algonquinos cuelgan, a los lados, las cabelleras de sus enemigos.

A pesar de su edad, parecía haber conservado toda su fuerza y su agilidad.

Cabeza de Piedra y sus compañeros pasearon una mirada en torno suyo y se convencieron de que habían entrado en uno de aquellos depósitos que los colonos canadienses poseen en gran número en la región del Champlain para dedicarse al tráfico de pieles con los indios.

En efecto, en la cabaña las había de todas clases: de lobo, de zorro, de alce, de coati, de caribú, muy parecido al reno, y no faltaban tampoco de bisonte, cuidadosamente curtidas por los indios, maestros en el arte de conservar y dar flexibilidad a las pieles.

También se veían en aquel recinto cajas, barriles y barricadas de todos colores, probablemente llenos de víveres y objetos de cambio para los indios. Todo aquello formaba un gran montón agrupado sin orden ni concierto en el fondo de la sala.

—Vos sois traficante, ¿verdad? —preguntó Cabeza de Piedra.

—Comercio con los Pielos Rojos.

—Peligroso oficio, señor...

—Riberac.

—Hermoso apellido francés.

El desconocido se encogió de hombros, sonrió, arrastró una mesa al centro del recinto y, aun cuando la chimenea proyectaba una luz bastante viva, encendió un potente fanal de marina.

—No tengo sillas —dijo—; sentaos sobre los barriles y secaos al fuego como podáis. Con este frío resulta poco agradable estar empapados de agua.

—Estamos verdaderamente ateridos; pero aquí reina una temperatura excelente y pronto estaremos secos —repuso Cabeza de Piedra.

El desconocido abrió una caja, sacó una botella y varios vasos, y empezó a llenarlos.

—Es ginebra mejor que la que suelo vender a los indios. Sólo la tengo para mí y para los amigos. Bebed la que queráis, que estoy bien provisto. De una segunda caja sacó después tabaco, galletas y frutas secas.

—Servios —dijo—: Desde ahora os considero como mis huéspedes, o, mejor dicho, como mis amigos. Aquí podéis permanecer cuanto tiempo queráis, ya que yo he sido el culpable del naufragio de vuestro barco.

Guardó silencio algunos instantes, y después, mirando a Cabeza de Piedra, que se calentaba ante la lumbre y no parecía cuidarse de otra cosa que de secar su famosa pipa, le preguntó a quemarropa:

—¿No erais más en el barco?

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque os he visto navegar un poco antes de ponerse el sol. Entre vosotros debe de haber habido lucha, porque más tarde he oído algunos disparos y gritos furiosos.

—Es que una parte de mi tripulación, formada por canadienses, capitaneados por un mestizo que se había comprometido a guiarnos por el lago, se ha rebelado y no sé cómo hemos podido escapar a una verdadera matanza, pues no teníamos más armas que unas hachas.

—¿Y los habéis obligado a arrojarse al lago? —preguntó el colono, que parecía muy interesado por el relato.

—Las olas los han arrebatado. Estaban a proa, que era bastante baja, y uno a uno han ido desapareciendo de nuestra vista.

—¿Se habrán ahogado?

—Malo estaba el lago en aquel momento...

—Entonces es seguro que ninguno de esos desgraciados habrá conseguido llegar a la costa.

—¡Desgraciados!... ¡Unos canallas! —gritó Cabeza de Piedra—. Los muy bribones habían preparado una mina en el fondo del barco para volarnos. Menos mal que hemos podido salvarnos en una pequeña balsa en el instante mismo de la voladura.

—¿Tan perversos eran esos hombres? ¿Érais vos su comandante?

—Sí; y he cometido la tontería de tratar a esos bandidos como si hubieran sido marinos bretones, pagándoles espléndidamente.

—¿Érais vos quien pagaba, o acaso otra persona?

Cabeza de Piedra retiró de sus labios el vaso que acababa de llevarse a la boca y miró con desconfianza al colono.

—¿Por qué otra persona? —preguntó—. ¿Queréis explicarme esa pregunta?

—Algún americano, por ejemplo.

—A bordo de mi barco no venía ninguno.

—Está bien; ¿y a dónde os dirigíais?

—Hacia el fuerte de Ticonderoga.

—¡Ah! ¿Ese que los ingleses se disponen a asaltar a toda costa?

—¿Me permitis una pregunta?

—Decid cuanto queráis

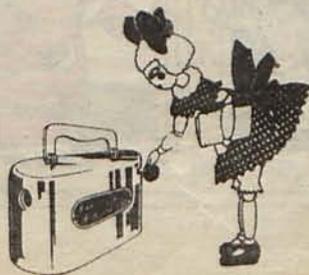
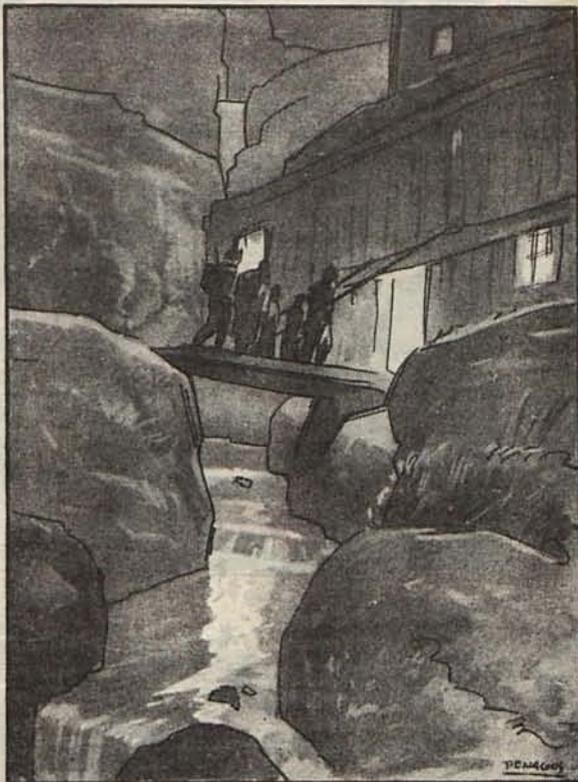
—¿Estáis por los americanos o por los ingleses?

—Por ninguno de los dos bandos —contestó secamente el colono—. No me ocupo de otros asuntos que los míos, y me tienen sin cuidado el que unos y otros se destruyan. Yo he permanecido completamente apartado y extraño a esta maldita guerra.

—Maldita, ¿por qué?

—Porque los ingleses han alistado a los hurones y a los

(Continuará en el número próximo.)



BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO
CAPITAL PTAS. 50.000.000 RESERVAS PTAS 20.757.452
DOMICILIO SOCIAL CALLE DE ALCALA 14 MADRID
CAJA DE AHORROS

SE ADMITEN IMPOSICIONES HASTA UN LIMITE DE 10.000 PESETAS ABONANDOSE EN LA ACTUALIDAD INTERESES A 4 POR 100 ANUAL

TODO TITULAR DE UNA CARTILLA CON SALDO MINIMO DE 25 PESETAS TENDRA DERECHO AL DISFRUTE GRATUITO DE UNA HUCHA DE AHORRO, QUE DEBERA DEVOLVER AL LIQUIDAR LA CUENTA O AL REDUCIR EL SALDO A MENOS DE LAS REFERIDAS 25 PESETAS

Ayuntamiento de Madrid



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ALELUYAS DE PEDRITO EL MARINO



1
Pedrito, desde pequeño,
El ser marino es su sueño



2
Y de grumete, por fin,
Se marcha en un bergantín



3
Una terrible tormenta,
Del barco, da triste cuenta



4
Pero a una tabla agarrado,
De la muerte se ha librado



5
A una isla desconocida
Llega, ya apenas sin vida



6
En ella hay fieras feroces,
Que dan rugidos atroces



7
Se alimenta con raíces
Como si fueran perdices



8
Después se queda dormido
Y un salvaje le ha cojido



9
Lo encierra en una prisión
Con un terrible león



10
Mata de un tiro al león
Y retumba la prisión



11
Los salvajes aterrados
Por su rey le han proclamado



12
Y en un palanquin sentado
A su trono lo han llevado

¿SABEIS POR QUÉ...?

DIVULGACION CIENTÍFICA

¿POR QUÉ VEN LOS GATOS DE NOCHE?

Una de las razones sobre que se basa aquel refrán que dice: «De noche todos los gatos son pardos», es la de que para nosotros, durante la noche, todas las cosas tienen el mismo color, o mejor dicho, no tienen ninguno, porque, o no vemos nada, o todo lo vemos oscuro. En cambio, el mismo animal que figura en el refrán distingue en la obscuridad todos los objetos que le rodean, y si también tuviese la manía, como nosotros, de hacer refranes, seguramente nunca se le habría ocurrido aquél.

Precisamente el gato es un animal al que le gusta mucho andar de noche. Cuando todo el mundo está acostado es cuando hace de las suyas y comete las mayores travesuras. Se considera el dueño de la casa y se permite la libertad de revolverlo y registrarlo todo, e incluso, si puede, se escapa hacia los tejados o jardines para cazar o para conversar un ratito con sus amigos.

Pero no creáis que todo lo que hace son travesuras. También es muy amante del orden. Le gusta hacer de sereno de la casa y convierte sus ojos en dos farolitos brillantes, que son como los dos faroles encendidos de un automóvil que se ve muy lejos. Así, pues, no es raro vérselo acercarse a la despensa por si acaso ha quedado la puerta abierta, o entrar en la cocina a ver si la cocinera se ha dejado algo descuidado, un trocito de carne, por ejemplo, o de pescado, que con la mejor intención va guardando en su estómago para que no se pierda. Pero ¿cómo se las arregla para hacer todo eso en la obscuridad? ¿Tiene su vista algo especial?

Hay animales, efectivamente, que tienen la vista más fina y perfecta que la nuestra, y el gato es uno de ellos.

Lo mismo puede decirse del león, del tigre, del perro, etc.; pero sobre todo del pensativo buho y del murciélago, el de las alas que parecen tela de paraguas. Pero esto de tener la vista fina deberá consistir en algo, y este algo, es decir, esta especial facultad que tiene el gato en ver de noche, y quien dice el gato dice estos otros animales, consiste en el modo de estar formados sus ojos. En todo son parecidos a los nuestros menos en una cosa, y en esta cosa reside su secreto. Si nos fijamos, en pleno día, en la niña o pupila de sus ojos, veremos que es larga y muy estrecha, en vez de ser redonda como la nuestra, y si hacemos la misma observación cuando oscurece, veremos que se va agrandando a medida que la luz se va extinguendo. Este es el secreto y en esto reside toda la ventaja que tiene sobre nosotros. Si nuestra niña o pupila tuviese la propiedad de dilatarse, es decir, de ensancharse o estrecharse tanto como la suya, veríamos de noche lo mismo que él. Y la razón es muy sencilla. La tierra no está nunca completamente a oscuras, ni aun a media noche; puede estarlo más o menos, pero no totalmente. Todos habréis observado, sin tener la propiedad del gato, que hay noches sin luna, y no obstante se puede muy bien andar por la calle sin necesidad de otra luz que la natural. Pues bien: esta poca luz que flota en el espacio el gato la aprovecha ensanchando mucho la niña de sus ojos para dejar paso a los rayos luminosos, que son los suficientes para impresionar la retina y permitir ver los objetos de su alrededor. Por consiguiente, su secreto no consiste en otra cosa que en la facultad de ensanchar más o menos su pupila, según la luz sea poca o mucha.



¿POR QUÉ HACE CALOR EN VERANO Y FRÍO EN INVIERNO?

Para poder responder debidamente a esta pregunta es necesario saber primero de dónde viene el calor y el frío y por qué los sentimos. Sabido esto, lo demás se comprenderá fácilmente.

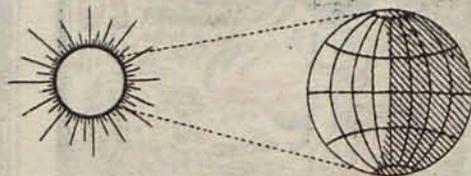
Pero ¿quién no sabe de dónde viene el calor? El calor proviene del Sol, y el frío de su ausencia, como así lo demuestra la mejor o peor temperatura de la sombra, según sea verano o invierno. Tanto es así, que si este gran astro, que siempre está ardiendo, se apagase o desapareciese, la Tierra se enfriaría y nosotros, lo mismo que todos los animales y todas las plantas, moriríamos en seguida. Pero ya podéis dormir tranquilos, que esto no es probable que suceda. Y sentimos calor o frío porque nuestro cuerpo está siempre a la misma temperatura. Cuando la exterior sube, sentimos calor, y cuando baja, sentimos frío. Si la nuestra subiese y bajase como la exterior y al mismo tiempo que ella, no notaríamos nunca ni frío ni calor, como ocurre con ciertos animales.

Mas he aquí una cosa muy curiosa. Si el calor viene del Sol, ¿por qué hace tanto calor en verano y tanto frío en invierno, y por qué en unos sitios hace más calor o frío que en otros? ¿No sale también el Sol en invierno? Luego ¿por qué razón calienta tan poco? ¿Será, quizá, porque arde menos? No. El Sol siempre arde igual. La causa proviene de uno de los movimientos de la Tierra, en que vivimos.

Figuraos por un momento que una de las habitaciones de vuestra casa, en la que hay una sola vela que arde o una sola lámpara encendida es el cielo, y la llama de la vela, el Sol. Tomad en vuestras manos una naranja, por ejemplo, que va a representar la Tierra, y colocadla a la misma altura que la vela. Señalad un puntito un poco más arriba del centro de la media naranja iluminada y haced de modo que inclinándola luego quede un poquitín en la sombra la parte que antes estaba en lo más alto, y veréis que si al principio aquel puntito recibía los rayos de la llama casi perpendicularmente, ahora llegan a él más inclinados. Inclinadla después hacia adelante y veréis que ocurre lo contrario. Si el punto estuviese en la parte baja, pasaría a la inversa.

Pues bien: de esta misma manera se mueve la Tierra en su viaje alrededor del Sol. Ahora que, claro está, tanto el Sol como la Tierra y el cielo, son mucho, muchísimo mayores que la habitación, la naranja y la llama.

El Sol está siempre en el mismo sitio; y cuando la Tierra está inclinada hacia atrás, los países que están en la parte de arriba reciben los rayos del Sol más inclinados; por esta razón calientan menos. Cuando está inclinada hacia adelante, calientan mucho más, porque recibe los rayos más directos. Si la Tierra está en la primera situación, entonces los pueblos que viven en la parte de arriba están pasando el invierno, y si están en la segunda, el verano. De este modo es fácil comprender que en los pueblos que viven en la parte de abajo ocurre lo contrario. Y así resulta que cuando en España, situada en la parte de arriba, llamada hemisferio norte, estamos en invierno, en la Argentina, situada en el hemisferio sur, están en verano, y viceversa. También es fácil comprender que en los países situados en el centro, llamado ecuador, están casi siempre en verano, y que los situados en los extremos, llamados polos, están casi siempre en invierno. Es por esta misma razón también por lo que hace mucho más frío en el norte de Inglaterra que en el sur de España, y muchísimo más todavía en los polos que en el ecuador.



JACOBO JOSÉ.



LIBRERIA DE ALEJANDRO PUEYO
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER 16 MADRID

Gran surtido en CUENTOS
y libros para niños y toda
clase de lecturas morales

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIAS DE ANIMALES

MARTÍNEZ EN EL ALAMBRE

Desde que fue apuntador en el Teatro de los Animales, siempre debajo de su concha, Martínez, el buen galápagos, tomó mucha afición a los espectáculos y salía todas las noches de casa.

No le divertía quedarse junto al brasero, leyendo los periódicos, por ejemplo, ni haciendo solitarios. En cuantito acababa de cenar, tomaba su sombrero y su bastón, y muy despacio, como era su costumbre, se iba a la calle en busca de una cartelera.

El teatro acabó por cansarle, y después de ir una temporada a las variedades buscó distracción en el Circo. ¡Qué gran espectáculo es el Circo!

¡Con qué agilidad se colgaba el mono del trapecio y los patos hacían los ton-tos, y la perdiz tocaba la guitarra, y los gorriones hacían el número de los voladores, y la grulla se sostenía en una pata, y la urraca lo escamoteaba todo, y el cerdo saltaba, y los perros representaban pantomimas de risa, y hasta

las pulgas (¡tan chiquitas!) saltaban a la comba y hacían juegos malabares.

Pero Martínez notó que en aquel circo faltaba un número, un número sensacional que hay en todos los cir-cos del mundo: el alambre.

—Voy a probar yo a ver si me sale. Me encantaría ser el rey de los alambristas.

Colocó en el patio de su casa una cuerda, de pared a pared, y subió.

Pero ¿cuándo se ha visto un galápagos andar por el alambre? A los primeros pasos vaciló unos minutos, y después ¡patapúm!, Martínez dió de narices contra el suelo y se murió sin más ni más.

Desde entonces ya no ha vuelto al teatro, ni a las variedades, ni al circo, ni a nada.

Únicamente su concha, la que en vida le tapaba por encima, va a los toros con frecuencia, convertida en una preciosa peineta.



TIKI, EL ESTUDIOSO

Con el rabo hecho un garabato de interrogación y colgado de él en la rama de un cocotero de la selva, Tiki, el mono, se balanceaba con la cabeza metida entre las páginas de un libro.

Se balanceaba para aprender mejor lo que estaba leyendo. ¿No os balanceáis vosotros en la silla cuando queréis meteros en la memoria una lección del colegio? Pues Tiki, igual.

Los demás animales de la selva no se explicaban cómo Tiki se podía pasar los días enteros estudia que te estudia en aquellos librotos tan gordos.

—¿A qué querrá llegar con tanto aprender?— se decían los otros monos asombrados.

—Tal vez a concejal, o algo así.

—¡Hay que ver cómo estudia!

Estudiaba mucho más que el primero de vuestra clase. Desde que salía el sol hasta que se ocultaba detrás de las montañas, no hacía Tiki otra cosa que estudiar. Y si en la selva hubiese habido luz eléctrica, Tiki hubiera estudiado también por la noche, como hacen los chicos trabajadores.

Lo estudiaba todo, todo, con una curiosidad insaciable. Sus papás, los señores de Mico, llegaron a preocuparse de que Tiki no se divertiera como otros monos de su edad y se pasara la vida estudiando.

Un día Tiki desapareció de la selva. Marchó a vivir del fruto de sus estudios. En muchos años no se supo de él.

Al cabo del tiempo, un mono que se había escapado

de la Casa de fieras y se volvía a la selva, dijo que había visto a Tiki en Madrid y que había llegado a ser una cosa muy importante.

—¿Ingeniero?

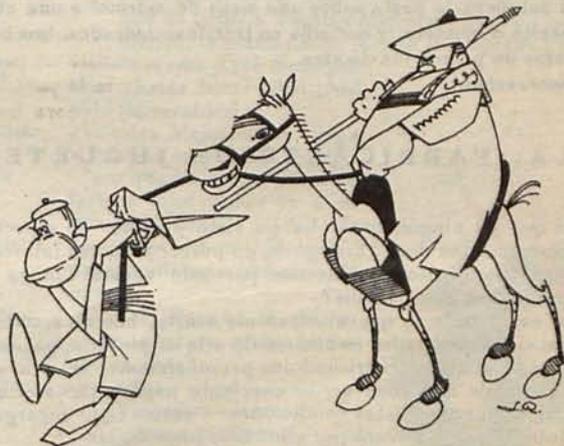
—¿Catedrático?

—Nada de eso. Viste de azul y colorado y monta a caballo.

—Entonces, ¿jockey?

—No. Mucho mejor que eso. Está en la Plaza de toros. ¡Es monosabio!

Hoy, en la selva, los padres ponen a Tiki como ejemplo a sus hijos de lo que puede llegar a ser un mono aplicado y perseverante.



Muñecas Pagés

Trajes para Niños

PERRITO XAUDARÓ

Peligros 6 Y 8 (entresuelo) Madrid
Ayuntamiento de Madrid



SECCIÓN PIRULA

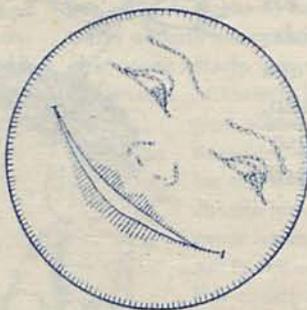
PIRULA, MODISTA

Cuando se os antoja algún imposible —¡como sois tan caprichosillas!— suelen deciros que «pedís la Luna».

¿Un imposible, la Luna? ¡Bah! Mi cariño todo lo puede; tomad la Luna, os la brindo; y bastante más graciosa y risueña que aquel lejano planeta blancuzco y soso; tan pobretón, que sólo tiene cuatro cuartos.

La Luna que os ofrezco es un redondel de tela en que bordaréis a punto de cadeneta o de cordón, los ojos y la nariz; la boca tiene que ir a punto de festón porque es una verdadera rendija cortada en la tela, por la cual asomará la punta de un pañuelo.

Porque esta luna es, en realidad, un originalísimo bolsillo que, pegado sobre un vestido, un delantal, el pijama del niño, o un blusoncito de vuestra hermana mayor —todo depende del tejido en que se haga y de los colores con que se borde,



seda o algodón— constituirá el más imprevisto, nuevo y gracioso de los adornos.

Ofreceros a la vez una distracción, una labor y una sonrisa, eso no lo puede hacer nadie más que Pirula. (Y perdonad la inmodestia; pero como soy una muñeca, no tengo abuelos.)



PIRULA, REPOSTERA *Bombones PINOCHO*

Ya sabéis que el único defecto que tiene nuestro glorioso amigo PINOCHO es el ser algo golosillo. Y entre sus bombones predilectos hay unos cuya receta os brindo, por si se da la «casualidad» de que también os gusten a vosotros las golosinas.

Echad en una cazuela esmaltada un tazón de nata y un terrón de azúcar sólida. Dadle vueltas sobre fuego lento, hasta que la masa tome un tono de café con leche.

Verted entonces la pasta sobre una mesa de mármol o una chapa de hojalata, previamente untadas de aceite o manteca, y cortadla en trocitos cuadrados. Los bombones han de quedar algo blandos y pegarse un poco a los dientes.

¡Que aprovechen!



PIRULA, FABRICANTE DE JUGUETES

Apuesto que en ningún bazar habéis visto juguetes de aspecto más risueño que estos dos. ¿Y el gusto de poseer juguetes fabricados exprofeso para vosotros, ideados por esta vuestra amiga y siempre segura servidora, Pirula?

Además, como todo lo que a mí se me ocurre, han de resultar económicos; si vuestro padre es aficionado a la carpintería, paciente y mañoso, se distraerá fabricándolos personalmente; si no lo es —porque se puede muy bien ser un excelente papá, y hasta el as de los papás, y no reunir estas condiciones—, entonces lo encargará al carpintero, que le llevará por ellos muy poco dinero.

El primer juguete es una catapulta; como puede verse, consiste en un cajón al que le falta uno de los lados y que tiene las dos partes laterales cortadas en ángulo; un tablón, afilado en uno de sus extremos y grueso en el otro, está atravesado en su parte gruesa —lo que queda dentro del cajón— por un largo clavo que lo sujeta en vilo, formando balanza.

Se coloca una pelota sobre el extremo grueso, se pega en el otro con un palo y la pelota sale despedida a una distancia que varía según la fuerza del jugador.

Para medir esta fuerza se hacen, a distancias diferentes,

algunas rayas en el suelo, y el que lanza la pelota hasta la primera raya se apunta un tanto; dos, si llega a la segunda; tres, a la tercera, etc., etc... El que hace antes un número de tantos previamente fijados, ha ganado, demostrando tener más fuerza que todos los demás.

¿Necesito aconsejaros que reservéis esta sencilla y divertida catapulta para jugar en el campo? Sí, porque si la instaláis en el comedor o en la sala, puede que a mamá no le parezca del todo bien... y se enfade conmigo.

Para el campo también es el volquete, que, aunque así se llame, es «involcable» o, mejor dicho, no vuelca más que a voluntad del que lo lleva.

Dentro del cajoncito, que va colgado con sólidas cuerdas, podéis llevar la mar de cosas, entre otras, vuestro hermanito, que se alegrará mucho con el paseo; incluso os podéis meter vosotros —ni en un Rolls se va más cómodo y, sobre todo, más seguro—; pero me temo que no quepáis; como habéis crecido tanto desde el año pasado!





EL TEATRO DE PINOCHO

EL DUQUESITO DE RATAPLÁN

COMEDIA BUFA, REPRESENTABLE

(Continuación.)

REY Con sorna, a Segismundo. Tómalo; tuyo es todo.
 SEGIS. Gracias, señor. Va a la ventana y se asoma, gritando: ¡Acudid, damas de palacio, damas de la corte, damas de honor de la princesa Pirulina! ¡Acudid todas y tomad!

VOCES DE LAS DAMAS Fuera.

¿Qué nos va usted a regalar, matarile rile rile?

¿Qué nos va usted a regalar, matarile rile rón?

SEGIS. Abre una de las cajas y arroja a puñados su contenido por la ventana. Tomad, señoras, collares de perlas finas, diademas de brillan-

VOCES MEZCLADAS DE NIÑOS, HOMBRES Y MUJERES Fuera.

¿Qué nos va usted a regalar, matarile rile rile?

¿Qué nos va usted a regalar, matarile rile rón?

SEGIS. Arrojando a puñados el contenido de la tercera caja. ¡Tomad dinero! ¡Ahí van esas monedas de oro y esas monedas de plata! ¡Enriqueceos! ¡Se acabaron para vosotros las penas de la miseria!

VOCES ¡Gracias, gracias, generoso prisionero! ¡Dios te lo pague! ¡Dios te bendiga!

REY Lanzando un grito. ¡Ay! Me ha arruinado.

Cae desmayado en brazos del carcelero y del ministro, que le sujetan con grandes aspavientos.

PRINCESA PIRULINA. Irrumpiendo cual una tromba. ¡Ay, papá! ¡Qué bueno es!



CUADRO CUARTO

En el mismo calabozo. Rey, sentado; Segismundo de pie ante él. Aparte, el viejo duque de Rataplán. A la puerta, el carcelero.

REY De mal talante y con brusquedad. Venga pronto tu segundo deseo, duquesito insoportable. A Dios gracias te quedan solamente dos por manifestar, puesto que solamente te quedan dos días de vida...; a Dios gracias, también, que ya me tienes harto con tus exigencias.

SEGIS. Señor: según las reglas de la etiqueta de la buena sociedad, no me es posible exponer por mi propia boca la segunda petición que voy a hacer a Vuestra Majestad. Mi padre me servirá de embajador.

REY ¿Qué estás contando?

SEGIS. Papá, ponte los guantes, hazme el favor.

DUQUE Saca del bolsillo un par de guantes blancos y se los pone. Luego se inclina ante el rey con mucha ceremonia. Señor: tengo el honor de pedir a Vuestra Majestad, para mi hijo Segismundo, la mano de Su Alteza la princesa Pirulina.

REY Pegando un salto. ¡Qué dices! ¡Mi hija! ¿Estás loco? ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Miserables!

SEGIS. ¿Vuestra Majestad se niega a cumplir su palabra de rey?

REY Claro que me niego. ¡Pues no faltaba más! Casar yo a mi hija con... con...

PRIN. Irrumpiendo de pronto. Sí, papá, papáito; déjame que me case con él.

REY ¿Cómo? ¿Pero tú te quieres casar, criatura, y no tienes quince años?

PRIN. Cantando:
 Yo quiero casarme,
 Yo quiero casarme
 Chiquitita y bonita,
 ay, ay, ay,
 Chiquitita y bonita.



(Continuará en el número próximo.)

tes, pulseras, sortijas, ajorcas. ¡Tomad, os lo regalo todo! ¡Adornad vuestra belleza según se merece!

VOCES DE DAMAS ¡Gracias, gracias, galante prisionero!

REY Furioso, estupefacto, retorciéndose las manos con desesperación. ¡Ay! ¡Mis joyas, mis alhajas!

SEGIS. Mías son y no vuestras, señor, pues Santa Rita, Santa Rita, lo que se da no se quita.

Torna a asomarse y grita:

¡Acudid, cortesanos, chambelanes, embajadores, acudid y tomad!

VOCES DE HOMBRES Fuera.

¿Qué nos va usted a regalar, matarile rile rile?

¿Qué nos va usted a regalar, matarile rile rón?

SEGIS. Abre la segunda caja y arroja su contenido a puñados. ¡Tomad rubíes y esmeraldas! ¡Topacios, zafiros, turquesas! ¡Tomad corales y amatistas para hacerlos alfileres de corbata!

¡Gracias, gracias, amable prisionero!

VOCES REY Tirándose del pelo y la barba. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! ¡Mis pedrerías!

SEGIS. Santa Rita, Santa Rita, lo que se da no se quita. Ni vuestras ni mías son ya. Se asoma a la ventana y grita. ¡Pueblo de Pirulandia; pobres y mendigos, ancianos y niños, ciegos y mujeres, acudid todos y tomad!

APARATOS Y DISCOS

Odeon

A PLAZOS

Y AL CONTADO

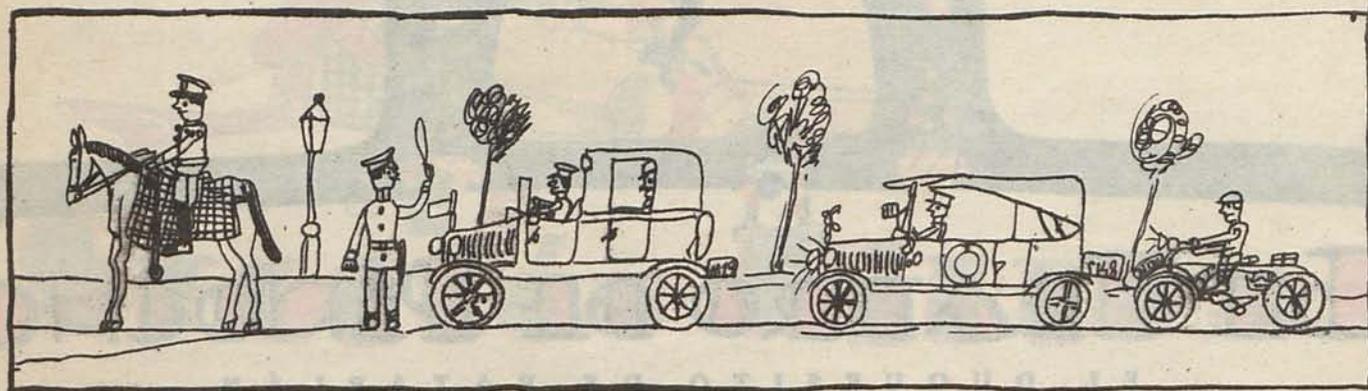
Preciados 1
 Peligros 14

Ayuntamiento de Madrid



Madrid

COLABORACION INFANTIL



El paseo de los coches.

RAFAEL GARCÍA.
Nueve años. Madrid.



El travieso Bob metió un día las manos en un cubo de pintura negra...

Y fue a casa de un sabio a que le dijera qué enfermedad tenía. El sabio lo tomó en serio y creyó que era un caso raro.

En un descuido del sabio, Bob se lavó las manos y...

dejó con un palmo de narices al pobre sabio.

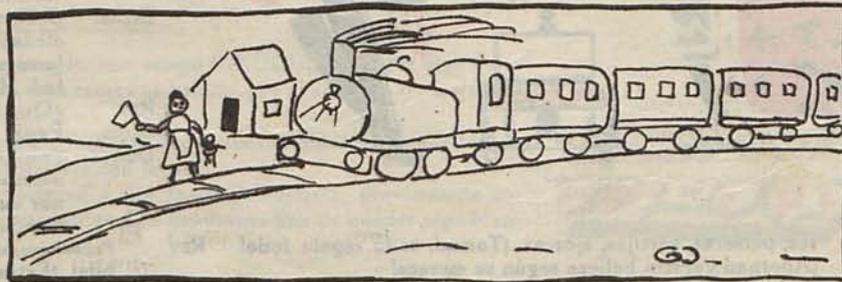
CARLOS HUERTAS
Siete años. Murcia.



El golfo de Guinea.

(El chico se llama Guinea.)

M. A. F.
Ocho años. Madrid.



La guarda barrera.

ANDRÉS GARCÍA.
Seis años. Santander.

A NUESTROS COLABORADORES

Para colaborar en PINOCHO debéis hacer los dibujos con tinta china, nunca con lápiz ni en colores; y si sois tan listos como nosotros nos figuramos y os atrevéis a hacer cuentos, tened cuidado de que no pasen de 40 líneas escritas en una cuartilla.

Los trabajos los mandaréis firmados con vuestro nombre y apellido, indicando el lugar de vuestra residencia y edad.

NOTA.—Los trabajos deben venir acompañados del cupón para «Colaboración infantil».

Autopianos
"MELODIA"
"VIRTUOLA"

REPRODUCTORES de los
mas célebres pianistas
del mundo



Pianos-Autopianos
Harmoniums
Virtuola S.A.

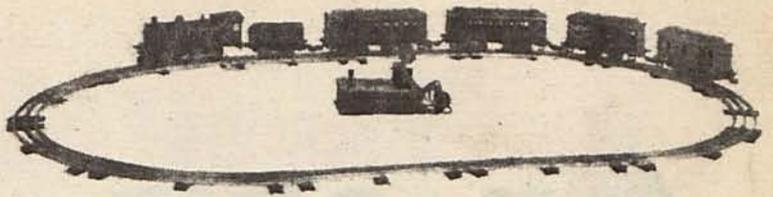
Avenida Conde de Peñalver
17 MADRID

Ayuntamiento de Madrid

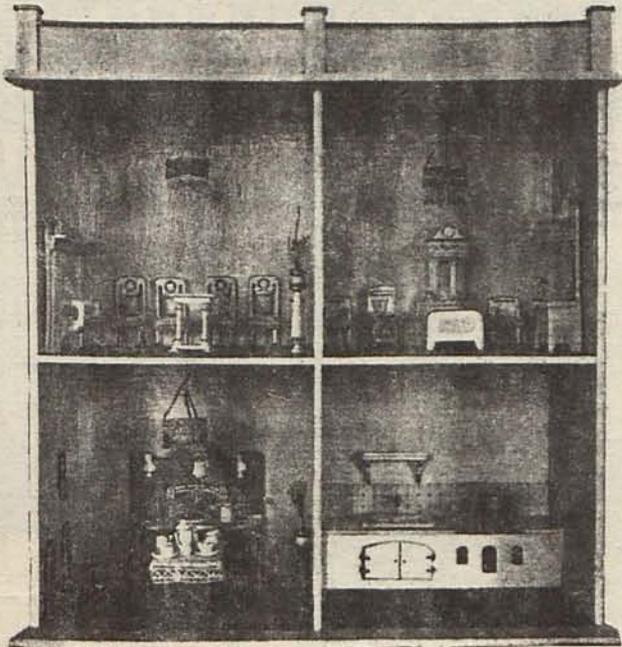
Tres triciclos como éste.



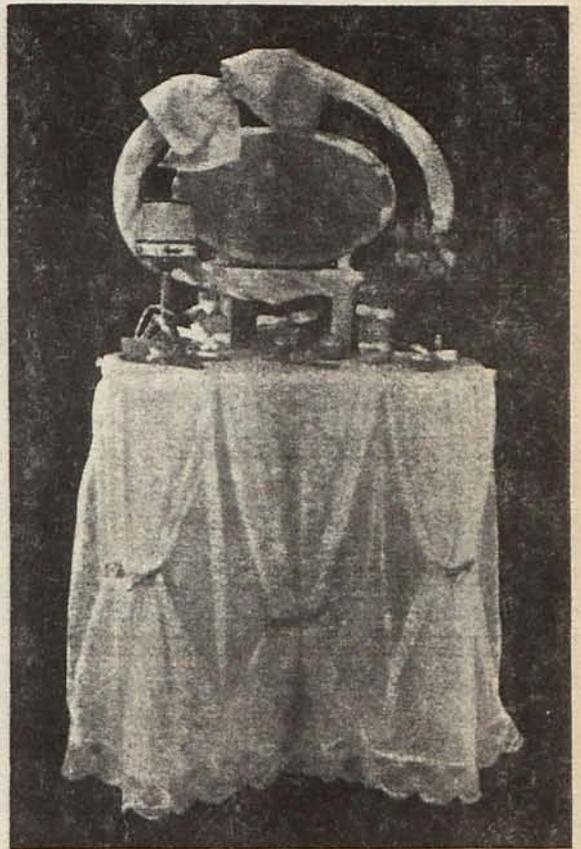
Un tren eléctrico como éste.



Dos casas de muñecas como ésta.



Dos tocadores «de verdad» como éste.



DOCE COLECCIONES COMPLETAS DE LAS AVENTURAS DE PINOCHO Y CHAPETE

Ya veis que PINOCHO es espléndido como un rey. ¡Como que es el rey de los muñecos!

PUES AÚN HAY MÁS: Todo lector de PINOCHO puede obtener gratis tres tomos de la serie de aventuras de PINOCHO Y CHAPETE, elegidos por él mismo entre todos los de nuestra colección. ¡Tres tomos!

¿Qué hace falta para tener opción a todos estos regalos?

Pues sencillamente ser suscriptor por un año de PINOCHO o lector asiduo de él. A todo suscriptor por un año se le entregarán cincuenta números para el sorteo de los regalos arriba enumerados.

A todo lector de PINOCHO que nos envíe cincuenta cupones se le entregarán cincuenta números para el sorteo. (El cupón va al final de esta página.)

Todo suscriptor por un año de PINOCHO recibirá un boletín donde podrá indicar los tres tomos que desea.

Todo lector de PINOCHO que nos envíe cincuenta Cupones para cuentos podrá elegir los tres tomos que prefiera.

¿Está claro?

Es decir, tanto los suscriptores como los lectores de PINOCHO podrán obtener uno de los espléndidos regalos anunciados, y además recibirán gratis tres tomos de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Ninguno de vosotros dejará de suscribirse o de comprar PINOCHO, porque quien no lo haga sufrirá luego terribles remordimientos al tener que confesarse (aunque sea en voz muy bajita) que ha sido un tonto. ¿Y a quién no le duele el tener la seguridad de ser tonto sin remedio?

Cupón para el sorteo de regalos.

Cupón para cuentos.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

El amigo de PINOCHO, llamado que vive en la calle de núm. Pueblo Provincia de, se suscribe por a PINOCHO, semanario infantil, para lo cual envía adjunta la cantidad de en (1).

Llenad este Boletín y enviadle a PINOCHO. Apartado, 447. Madrid.

NOTA IMPORTANTE.—Para tener derecho a los tres tomos de PINOCHO y a los cincuenta números para el sorteo de regalos, es necesario suscribirse por un año o mandar los cincuenta cupones antes del 31 de Mayo, fecha en que se celebrará el sorteo.

(1) Valores declarados, giro postal, cheque, etc.

GRANDES ALMACENES MADRID-PARIS



Vamos deprisa
Pirula; el director
de los soberbios alma-
cenes MADRID-PARIS nos
ha invitado a visitar sus magnificas ins-
talaciones. ¡Veras que maravillas!